

Así que Prudence siguió, disciplinada. Entregada a la que era ahora su muy personal misión. Bajo la atenta mirada de sus acompañantes, y consciente de que aún quedaban muchas cajas. Consciente de que la curiosidad flotaba sobre el ánimo de cada miembro de su familia, de cada ser cercano.



alguien cantaba en el exterior, más allá de las paredes que definían su aislamiento. Prudence elevó la mirada y vio en el cielo un número que flotaba luminoso, azul como la caja de su regalo. Curvo y perfecto en cada uno de sus giros de número azul, que poco después se descompondría y caería al suelo en pequeños pedacitos. Era el número 6 fragmentado. Vio que al número 6 le seguía el número 14, que también flotaba en el despejado cielo de la mañana hasta deshacerse y desmenuzarse sobre el mismo punto al que habían ido a parar los restos del 6. Al 14 le siguieron varios números más, con idéntica fortuna, hasta que Prudence vio ante sí, con la misma claridad y certeza con que veía a su lado el rostro aniñado de su hermana, cómo surgían cientos de números allí arriba, unidos, aunque, a la vez, independientes y airados, para permanecer en el vacío durante unos instantes y, finalmente, desplomarse tal y como les había ocurrido a los anteriores. De un solo golpe y a la vez. Causando un curioso estrépito que hizo pensar a los presentes —

a los familiares y a los seres queridos

— que las edades futuras de Prudence pasarían rápidas como un ciclón o que, tal vez, ni siquiera llegaran a pasar.

—Es una alucinación —se dijo.

—Los números son infinitos —

comentó su hermana.

—Creo que seguiré intentándolo con esta caja. Sé lo que contiene y quiero que sea para mí.

—¿Sabes lo que contiene?

Prudence lo sabía. Era la belleza. Y la quería para sí.

—Todos te estamos esperando.

—Querida. Prudence. ¿No vas a salir a jugar?

—Es sólo una alucinación.

3

A principios de 1968, estar en India y seguir un curso de Meditación Trascendental en

Rishikesh era algo que había que hacer si lo que se deseaba más que ninguna otra cosa en el mundo era hallar la paz, la serenidad, la luz interior, el conocimiento pleno y el camino hacia la libertad. Mia y Prudence Farrow estaban allí, buscando sus más elevados niveles de conciencia mediante diversas técnicas de relajación profunda, consistentes en su mayoría en la contemplación y la repetición sistemática de mantras con los que apartar cualquier pensamiento de la cabeza.

Dejar la mente en blanco. No preocuparse por nada. No ver. No oír. No sentir. Lograr el nivel armónico y resplandeciente de la existencia. Crecer. Identificarse con la naturaleza. Alcanzar el estado de iluminación. Aprender que las cosas pueden desaparecer. Saber que un día se tiene algo hermoso, joven y nuevo, y que al día siguiente, sin saber por qué, puede aparecer marchito, sin más posibilidades de deleite, dejando a su pobre poseedor en un estado de incomprensión y pequenez rayano en la enfermedad. Debían estar al tanto igualmente de que el estado triste viene y va, como viene y va el estado contento.

Mia salía y entraba de la oscura cueva en la que practicaba sus sesiones de meditación con los demás miembros del grupo, pero Prudence perseveraba en su encierro. Y nadie sabía qué hacer al respecto. Siempre había sido así: el corazón de Prudence se había acostumbrado a experimentar violentos cambios de humor, y bastaba un nuevo rumbo en la dirección del viento, una pequeña nube que se interpusiera entre ella y el sol, un matiz especial en la voz de alguien o un sonido extraño a su alrededor, para que todo su organismo reaccionara al instante. Podía surgir entonces una sonrisa que revelara un mayor optimismo o, por el contrario, una fuerza desconocida que generalmente empleaba para correr hasta su habitación y, una vez allí, cerrar la puerta y olvidarse de que el exterior existía.

Y eso estaba haciendo: olvidar que el exterior existía. Decidir que no quedaba nada más importante que el silencio. Silencio para pensar, para caminar, para dormir, para observarse los dedos de las manos, para contemplar el movimiento de las hojas en las ramas más accesibles de los árboles, para espiar los gestos más instintivos del perro que algún día tendría.

Pero había quien temía que Prudence pudiera estar deprimida. Demasiado concentrada en la meditación. Que perdiera la conexión con la realidad y cayera en un estado alterado de conciencia. Así que, en el exterior, había quien cantaba para ella y quien deseaba que saliera a jugar y que volviera a sonreír.

The wind is low, the birds will sing

that you are part of everything.

Dear Prudence, won't you open up your eyes?

Mía estaría allí, con todos los demás.

4

Imaginó una conversación en la que se decían:

Ella: «No me encuentro bien. ¿Por qué no me ayudas?».

Él: «Te estoy ayudando. ¿No lo ves? Te escribo una canción, querida Prudence».

En la que lo único que le pedía era que mirara alrededor y decidiera que el mundo era sublime y la tierra paciente y el día mágico, fuera o no su cumpleaños. Los números danzarían en el cielo y ella no podría atraparlos por mucho que lo intentara.

Todo el grupo esperaba su salida. Y, mientras, en el bungalow, ella pretendía amoldarse al suelo y no mostrar ningún signo externo que delatara lo que le estaba sucediendo. Debía permanecer inmóvil a lo largo de todo el proceso. Sin embargo... Resultaba tan horrible esa quietud y sentir los dedos paralizados. La circulación de la sangre haciéndose más y más lenta por los brazos, esencialmente por el izquierdo, hasta dejarlos casi insensibles. Y los pies: aquellos objetos solitarios y ajenos que se alejaban de sus rodillas, de sus hombros, hasta desaparecer. En su situación sería muy fácil perder el equilibrio. La luz llegaba, crecía hacia la totalidad, y el vuelo, mientras, se desarrollaba con calma. Pero cuando la luz resultara del todo insoportable, entonces, abriría de nuevo los ojos, se mantendría fiel al destello durante un brevísimo instante y, a continuación, se movería un poco. Fin del viaje.

Reconocía la voz que cantaba para ella. Era John quien tocaba la guitarra y quien le pedía que volviera a ser una niña. Sonriendo entre las nubes. Escuchando el rumor de los árboles. Sin desear venganzas y sin desear humillaciones. Sin pedir disculpas por su comportamiento inexplicable. Buscando la diversión y buscando con curiosidad cualquier senda que pudiera abrirse ante ella, pura y luminosa.

Y eso haría: abrir regalos al despertar. Todos los días.